

La arquitectura militar en México.

Algunas consideraciones generales.

● José Enrique Ortiz Lanz



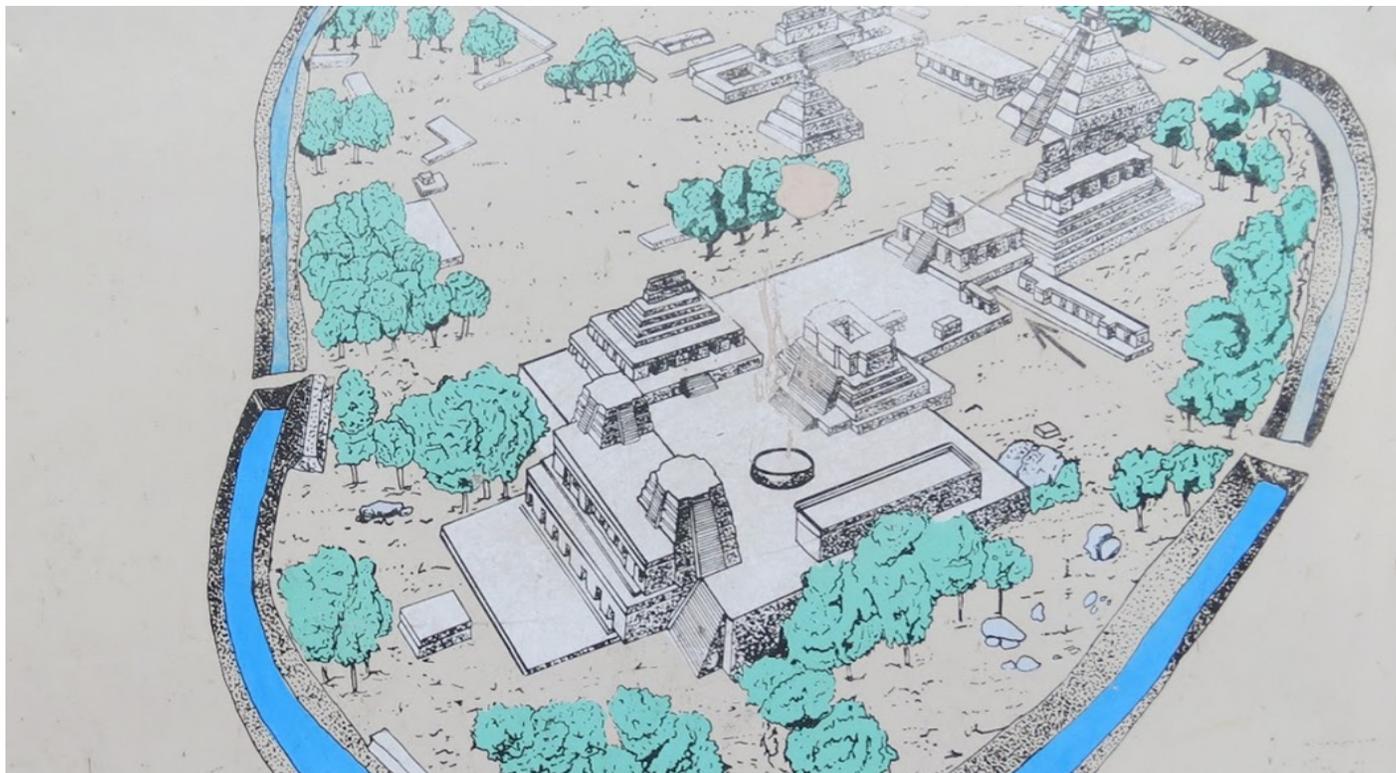
¿Es la arquitectura militar una creación de la cultura occidental?

Uno de los primeros errores que cometemos al tratar de analizar la arquitectura militar es limitarla al período posterior a la Conquista y llegada de los modelos occidentales a América. Sin embargo, las cada vez mayores evidencias arqueoló-

gicas y el estudio a detalle de los textos e inscripciones de los períodos anteriores, así como el estudio de crónicas y relaciones nos muestran a las sociedades antiguas mexicanas con patrones altamente belicistas.

FORTIFICACIONES HISPANAS DEL CARIBE





Lo anterior se tradujo no sólo en numerosas luchas y conquistas, sino también de profusos ejemplos de arquitectura militar, la cual todavía no ha sido estudiada con el detalle que se requiere en manera conjunta. Es decir, sabemos de ciudades fortificadas, como es el caso de Becán y Calakmul en el sur de Campeche o de Tulum, en Quintana Roo, sólo por mencionar unas cuantas, en donde la primera está rodeada por un foso, mientras que las otras dos tienen partes amuralladas, pero no ha habido un estudio que nos hable

de los modelos, formas, funciones y otros datos que ayudarían a entender la forma de hacer la guerra en los pueblos antiguos y la manera de defenderse, no sólo con tecnología sino con espacios dedicados a ese fin.

Una de las primeras propuestas a esta reunión es definir que la arquitectura militar rebasa por mucho los modelos occidentales y que habría que incluir a la arqueología como una de las disciplinas involucradas en su estudio y catalogación.

Las primeras fortificaciones occidentales en territorio mexicano.

La construcción militar en México es tan antigua como la propia Conquista. De hecho, Hernán Cortés levantó la primera obra permanente de ese tipo en el asentamiento denominado la Villa Rica de la Veracruz, situada a pocos kilómetros de la antigua población de

Torre de la iglesia de San Francisco. San Francisco de Campeche. C.a. 1940



Quiahuiztlán, un cuadrado de poco más de 40 m. por lado y rematados por una especie de baluartes.

De todas las construcciones levantadas en el territorio mexicano en el siglo XVI, sobreviven dos torretas situadas al interior, probablemente con carácter más simbólico que militar, pero que seguramente fueron pensadas como reductos en caso de rebelión de las poblaciones indígenas, son los rollos de Tlalquiltlenongo, en el actual estado de Morelos y el de Tepeaca, en Puebla; el segundo de una calidad superior.

Además, se conserva, aunque muy modificado, el antiguo castillo-palacio de Hernán Cortés, en Cuernavaca, una de las obras más extraordinarias de su tipo; junto a otra obra americana similar: el Alcázar de Colón en Santo Domingo y modelos de este tipo desarrollados en España como el Palacio

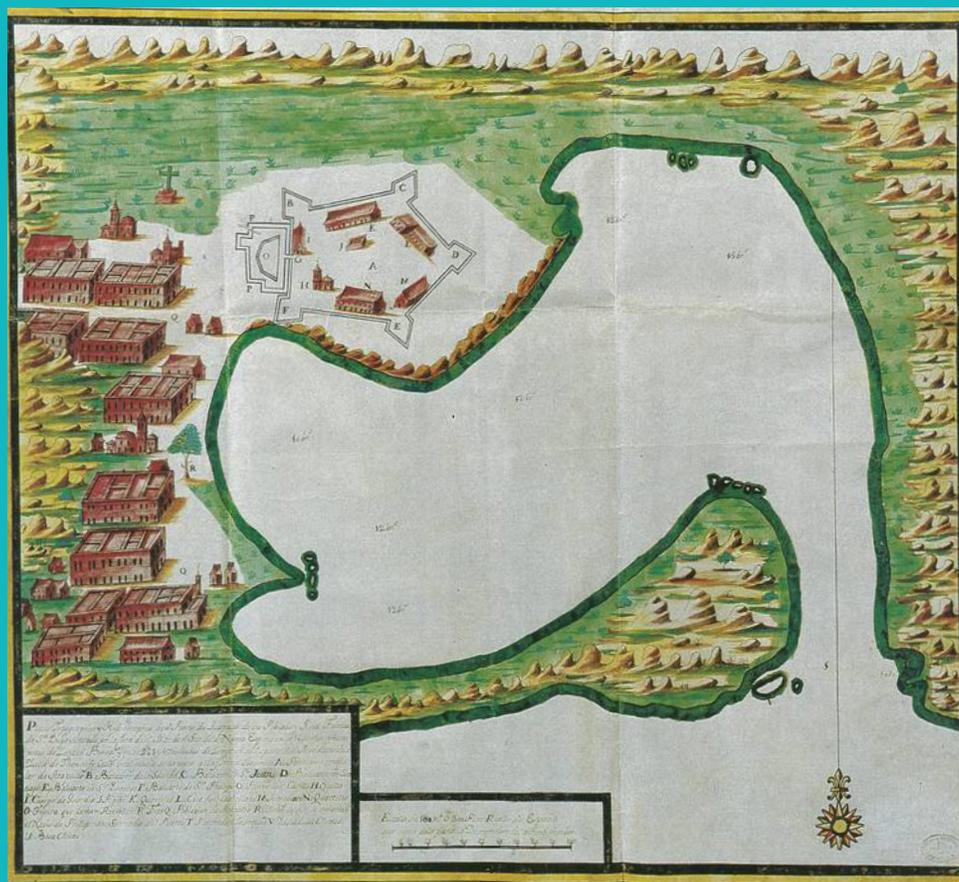
de Saldañuela, en la cercanía de Burgos.

Sin embargo, algunas de las obras más relevantes de su tipo son los conventos-fortaleza que han sido motivo de polémica en el siglo XX. Se trataba de determinar si algunas iglesias habían sido construidas como obras militares o eran resultado ante todo de una austeridad derivada de las condiciones impuestas por las propias órdenes, como el voto de pobreza franciscano. Las respuestas se han inclinado por la segunda propuesta, pero sin desconocer que varios templos, conventos e iglesias tuvieron un papel fundamental en los ataques tanto de piratas como de rebeliones indígenas. Dentro de los primeros destaca el caso del convento e iglesia de San Francisco, el de San Juan de Dios y la antigua parroquia de Campeche, los tres usados como puntos fuertes en algunos ataques como el de William Parker o el de Lorencillo; la parroquia de Veracruz,

tomada por el segundo pirata en 1680 y en la cual cometió diversas atrocidades; y Yuriria, Xilitla, Guango y Chapulhuacan, templos usados en la defensa contra los chichimecas, son algunos de los espacios que tendrían que incluirse en la lista de la arquitectura militar con carácter provisional.

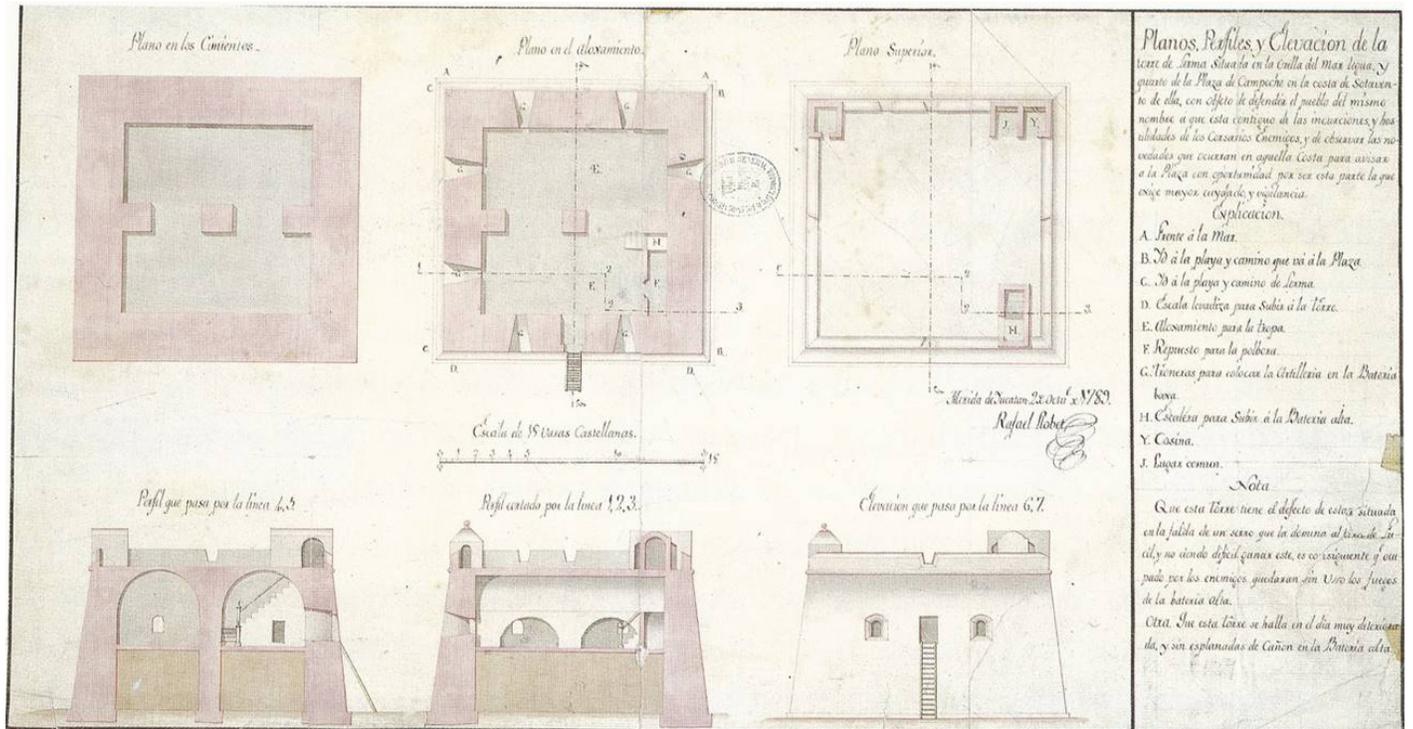
Por último, existió una serie de espacios de carácter relevante levantados para establecer puntos de avance y colonización en el septentrión de la Nueva España. Estas obras rebasaron el número de setenta; sin embargo, son pocos los testimonios sobrevivientes de ese momento; dentro de éstas vale la pena destacar el de Ojuelos, en Jalisco, uno de los mejor conservados.

Los primeros sistemas de defensa contra los piratas



Plano fotográfico e hidrográfico del Puerto de Acapulco. 1730.

A la par de las primeras incursiones piráticas, iniciadas por los franceses y seguidos por los ingleses, a los que se sumaron otras nacionalidades, en particular los rebeldes holandeses, se principió la construcción de obras militares, en particular pequeños fuertes aislados que servían como plaza fuerte de las es-



Planos, Perfiles y Elevación de la torre de Lerma, situada en la Colla del Mar Ilogua, y guano de la Plaza de Campochi en la costa de Setavento de ella, con efecto de defender el puerto del mismo nombre a que esta contigua de las incursiones y hostilidades de los Casacas Enemigos, y de observar las novedades que coaxan en aquella Costa para avisar a la Plaza con oportunidad, por sea esta parte la que exige mejores vigilancia, y equidad.

- Explicacion.*
- A. Frente a la Mar.
 - B. D. a la playa y camino que va a la Plaza.
 - C. D. a la playa y camino de Lerma.
 - D. Escala levadiza para subir a la Torre.
 - E. Alcesamiento para la tierra.
 - F. Repuesto para la pólvora.
 - G. Trinchera para colocar la artilleria en la Bateria baja.
 - H. Escalera para subir a la Bateria alta.
 - Y. Casina.
 - J. Bayas comun.

Nota.
 Que esta Torre tiene el defecto de estar situada en la falda de un cerro que le domina al tiro de Artilleria, no siendo desde canas este, es convenientemente y puede por los enemigos, guastar con Uno los fueros de la Bateria alta.
 Otra. Sin esta Torre se halla en el dia muy deteriorada, y sin esplanadas de Canon en la Bateria alta.

Planos Perfiles y Elevación de la torre de Lerma. Rafael Lobet. 1789.

casas milicias que existían en las ciudades y puertos americanos, a las que se tenían que sumar los pobladores obligados por diversas leyes a tener armas, caballos y ayudantes según su posición social.

La importancia de estos puntos fuertes deriva de que ninguna victoria podía declararse hasta haber ocupado todos los puestos con resistencia de los pobladores, ya que como se demostró en el caso de Parker y Campeche, en 1595, las fuerzas reagrupadas de los habitantes podían revertir una ocupación y acabar liberando la población, e incluso a echar fuera y perseguir a los invasores.

Casi todas las obras militares construidas en México corresponden a este modelo. Destacan los sistemas construidos para la defensa de la península de Yucatán: aquellas para evitar la llegada de los cortadores de palo de tinte del río Walix, -Belice-; las trincheras y vigías de la costa norte; aquellas levantadas en los puertos de Sisal, Champotón, Lerma y principalmente en Campeche, con su muralla; las de la Laguna de

Términos –otro territorio de cortadores clandestinos de palo de tinte- y la ciudadela de Mérida, ocupando una estructura prehispánica y diversas iglesias como parte de una obra extraordinaria, ahora destruida.

Las obras concluidas en la costa de Sotavento, el actual Veracruz, son de altísima calidad y destacan en particular las concluidas en San Juan de Ulúa, sin dudas la zona militar más importante del país y en donde no sólo trabajaron todos los grandes ingenieros de ese tipo desde el siglo XVI al XIX, sino que se usaron las más diversas técnicas para defender la que era la plaza fuerte más importante del país. También en Veracruz, como parte de las defensas para el camino hacia la ciudad de México se levantaron obras de gran relevancia, como el Fuerte de San Carlos, en Perote.

La costa pacífica fue menos usada en materia de construcción militar, debido a que las incursiones europeas a este Océano fueron mucho menos numerosas, alejado del centro de los asentamientos extranjeros

Los ataques de piratas eran frecuentes en América.



en América, el Caribe y las costas norteamericanas, y con un acceso muy lejano y difícil, alcanzable después de una larga navegación para cruzar el Estrecho de Magallanes y remontar toda América del Sur, un viaje larguísimo y lleno de peligros. Sin embargo, las obras de Acapulco, San Blas, Mazatlán o Guaymas, son suficientes para recalcar la importancia de la construcción militar en territorio mexicano.

La precaria situación de los ejércitos en la Nueva España permaneció hasta la creación de un ejército en forma, ya muy entrado el siglo XVIII y como producto de las Reformas Borbónicas emprendidas por los reyes españoles provenientes de esa dinastía francesa que trataron de hacer más eficientes sus dominios de ultramar. Sin embargo, con motivo también de los Pactos de Familia que unían a España con Francia y varios dominios italianos, como el Reino de las Dos Sicilias, los territorios americanos se vieron envueltos de lleno por primera vez en las guerras europeas. La conquista de La Haba-

na y Manila en 1763 fue un duro golpe contra el rey español, quien se vio forzado a mejorar las defensas de muchas poblaciones; a esta fase corresponde una gran cantidad de obras militares, como los reductos y baterías de Campeche.

Sin embargo, la última etapa de obras militares en la Nueva España se da precisamente con los movimientos de insurrección destinados a liberar el territorio del dominio de un imperio sin un rey claramente seleccionado y con la iglesia católica seriamente amenazada por el avance de las ideas jacobinas y revisionistas del iluminismo francés. En esos tiempos se reforzaron las obras sobre todo destinadas a proteger algunas ciudades principales como Puebla, Córdoba y Orizaba, así como las rutas que comunicaban a la capital con su salida natural al mar, Veracruz.

Ya en tiempos propiamente mexicanos, las obras militares continuaron sobre todo en las ciudades cercanas a la zona del conflicto con



Texas y los Estados Unidos, como Matamoros y Tampico. Se trata de una etapa de la arquitectura muchas veces destruida, pero que no ha sido estudiada todavía a profundidad, como el levantamiento de nuevos presidios a lo largo del Río Grande, para defender una muy precaria frontera.

Con todo lo anterior, el patrimonio fortificado mexicano es sin lugar a dudas el más relevante de América y su conservación, investigación y difusión son tareas urgentes no sólo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, sino de todos los órdenes de gobierno y de la sociedad civil.

Un patrimonio amenazado

Con la paz porfiriana, periodo en el cual las fortificaciones perdieron en buena parte su uso, los fuertes fueron cambian-

do destino para transformarse muchos de ellos en cuarteles, prisiones, habitación de familias indigentes o simplemente caer en el total abandono, lo que provocó su ruina acelerada; las murallas de Veracruz y Campeche, vistas como reductos del pasado y obstáculos a las nuevas teorías sobre la sanidad y ventilación de las poblaciones, fueron demolidas en buena parte.

En el siglo XX, sobre todo a partir de la segunda mitad, se ha tratado de recuperar su valor, pero nos enfrentamos a situaciones difíciles derivadas de la pérdida de los espacios aledaños: una fortificación no es sólo la construcción sino también sus visuales y espacios comprendidos en los antiguos campos de tiro, ahora, en general sumamente dañados, como es el caso de los “relleños sanitarios” tanto en Veracruz como en Campeche o la ocupación y fraccionamiento del campo de tiro, como el del fuerte de San Diego de Acapulco, sólo por mencionar unos cuantos. Es muy importante plantear la recuperación del entorno como una de las prioridades en las fortalezas que han subsistido hasta nuestros días.

Además, muchos de los recintos han sido percibidos como espacios idóneos para establecer museos. En este sentido, una de las dificultades más fuertes ha sido poder controlar las condiciones ambientales que prevalecen en la mayoría de estos espacios, en los cuales la altísima humedad y las variaciones de temperatura llevan a daños a muchas de las obras que ahí se almacenan, como por ejemplo los metales sujetos a una fuerte corrosión y oxidación, casi permanente.

Las intervenciones en el patrimonio fortificado deben procurar un equilibrio entre conservación, restauración y actualizaciones a nuevos usos. Por ejemplo, es

Museo Histórico de Acapulco, Fuerte de San Diego.



Cocina del Fuerte de San Diego.



Celda de la Cárcel de San Juan de Ulúa, Veracruz.



evidente que el uso del aire acondicionado es una necesidad para muchos de ellos. De hecho, el mejor museo en un espacio militar es el de Acapulco, en el cual desde fines del siglo pasado se introdujo ese sistema artificial después de una profunda y seria restauración. Es muy importante considerar este equilibrio entre valores y usos antes de iniciar un proyecto de puesta en valor.

Finalmente, las salas de sitio son una alternativa a lo anterior, cuando no se puede contar con condiciones ambientales controladas, el colocar un espacio que reconstruya los ambientes y que proporcione información a través de medios electrónicos o simplemente el uso de gráficos y textos, hacen que la mayoría de los visitantes accedan a los valores y significados de estas obras arquitectónicas, sin descuidar al patrimonio inmaterial que a ellas se vincula: la mayoría de estos espacios están cargados de leyendas, personajes –reales y ficticios–, tradiciones, música y otros elementos que podrían hacer que la mayoría de los mexicanos percibamos su importancia, además de la arquitectónica y material, para la historia local, regional y nacional de este patrimonio, fundamental en nuestras múltiples identidades.